



Andrzej Zaniewski
La rata

La azarosa y agitada vida de una rata

Obra escrita en 1979 pero nunca publicada en su lengua de origen, el polaco —solo a través de su traducción al checo en 1990, que alcanzó un gran éxito, fue conocida su existencia en el oeste de Europa—, LA RATA narra la agitada y azarosa vida nómada de uno de estos roedores desde el momento en que adquiere conciencia de sí hasta su muerte. En este plano, la novela puede leerse como simple relato de aventuras, tan singulares, con todo, como su protagonista. Sin embargo, quedarse en la esquemática sencillez de esta descripción es pasar por alto otros niveles de lectura en una novela rica en alusiones y resonancias míticas, que bucea en todo el imaginario que el hombre ha creado en torno a este animal, y conectada con una antiquísima tradición literaria —la del relato de viaje o itinerario en que el protagonista es «viator» o peregrino y su peripecia viene a cifrar toda la existencia—. Por medio de un sabio dominio de la técnica narrativa que hace gravitar ominosamente a lo largo de todas las páginas de la obra esa incómoda identidad a que, más allá de cualquier alegoría o metáfora, apunta en su prefacio, ANDRZEJ ZANIEWSKI (Varsovia, 1940) narra una vida marcada por la precariedad y la violencia, por la persecución y el miedo constantes en medio de un mundo a veces indiferente, pero casi siempre hostil, dentro del cual imperceptiblemente nos vamos haciendo uno con ese protagonista que «busca el sentido de su propia existencia, sigue la huella de su propia nostalgia, busca una esperanza, el inasible fin de cualquier camino».

LA RATA

Andrzej Zaniewski

I think we are in rats' alley
Where the dead men lost their bones.

Thomás Stearns Eliot, The Wasteland

PREFACIO

Estimado lector, *La rata* es mi primera novela sobre animales, y esté dedicada a unos seres extraordinarios y poco conocidos, porque el conocimiento que tiene el hombre de los roedores se relaciona más con los métodos para exterminarlos que con la comprensión de su conducta, su psicología y su vida emocional. Es a la vez una novela de acción y de misterio, ya que en las madrigueras y nidos de ratas acontece más de una tragedia, un drama y una aventura... Los trabajos de Hércules, la tragedia de Edipo, los viajes de Ulises, el dolor de Niobe, la muerte de Antígona, los destinos de los dioses, de los titanes y de los seres humanos se encuentran, se entremezclan, se unen, llenando la conciencia de una criatura del tamaño y el peso de nuestro corazón.

No queremos acordarnos de ello en nuestro mundo humano aparentemente limpio. Las ratas despiertan el rechazo y el miedo, el temor ante las enfermedades que a veces propagan y el supersticioso pavor ante la fuerza de sus dientes que nunca dejan de crecer. La comunidad subterránea de las ratas, su capacidad de adaptación y su incesante lucha por la supervivencia, sus migraciones masivas y sus individuales inclinaciones viajeras, los ejemplos de su extraordinaria inteligencia, las leyendas y las historias que oía en mi infancia, todo ello contribuyó a que las ratas me fascinasen y despertasen no solo mi curiosidad, sino también una especie de admiración y respeto por la naturaleza que creó

unos seres que coexisten de forma tan perfecta con el hombre.

Rattus norvegicus y *rattus rattus*, la rata común o gris y la rata negra, dos géneros básicos de la gran familia de las ratas, acompañan a la humanidad desde los albores de su existencia, y su destino está estrechamente ligado con el nuestro, siendo en gran medida reflejo de nuestra propia civilización y de la situación ecológica. Puede parecer extraño, pero solo junto al hombre, quien desde el principio les declaró la guerra, encontraron estos roedores las mejores condiciones para su existencia. El insignificante animal que habitaba las cuevas, los bosques y las estepas, presa fácil para los pájaros, las serpientes o los mamíferos depredadores, desde su primer encuentro con el hombre se transformó, cobró fuerzas y emprendió un ataque masivo.

En contra de las opiniones más extendidas, son los hombres quienes favorecen a las ratas, y solo gracias a nuestra civilización las ratas han conseguido dominar todos los continentes y adquirir un grado elevado de organización en su vida social. Nuestros sótanos, almacenes, graneros, basureros, vertederos, establos, cuarteles, prisiones, granjas, canales, presas, cocinas y garajes se convirtieron en su hogar, en su reino y tal vez en el lugar propicio para el nacimiento de una futura civilización extraordinariamente fuerte y fértil, feroz y resistente a todas las transformaciones que se suceden a su alrededor.

Siempre me han intrigado las razones y los mecanismos de que sean esas, y no otras, la manera de vivir de las ratas, sus estructuras sociales y las relaciones entre los diferentes individuos, la variedad de sus caracteres y sus aptitudes, casi idénticas a las humanas.

En los laberintos de los laboratorios, cada rata tiene un comportamiento diferente y demuestra sus dotes o sus deficiencias, unas veces desistiendo, huyendo o retrocediendo, y otras, tal vez las más, buscando una salida, escogien-

do un camino: roer las delgadas paredes para crear o descubrir nuevos laberintos.

Traté de acercarme a las ratas, de conocerlas de una manera más completa y mejor. Las criaba, las observaba, intentaba comprenderlas y ganarme su amistad.

Vi ratas que ocupaban las ruinas de Gdansk y las carcomidas casas de la posguerra del Nuevo Puerto, ratas que intentaban meterse en los barcos, que subían y bajaban por las amarras; observé ratas en los rincones de Saigón, de Estambul, de Berlín, de Bucarest, de Varsovia y de otras muchas ciudades. Recogía también todas las informaciones y anécdotas que podía sobre su vida y sus costumbres, partiendo de la tesis de que si admitía incluso lo que no es cierto de algunas leyendas y cuentos, de ese modo conocería no solo las ratas, sino también a las personas que inventaron esas historias desde su repugnancia u odio hacia ellas o, al contrario, desde su admiración, su amistad o su fe.

El budismo, por ejemplo, sitúa a la rata en un lugar bastante elevado dentro de la jerarquía de las criaturas vivas... Es precisamente una rata, lista y precavida, la primera en presentarse ante el rostro del Buda moribundo, saltando del lomo de un buey. Y solo detrás de la rata, la más inteligente, y el buey, el más trabajador, aparecen los demás animales del calendario budista: el tigre, el conejo, el dragón, la serpiente, el caballo, el gallo, la oveja, el mono, el perro y el jabalí.

Otra leyenda habla de los miles de ratas del templo Karai Ma de Bihanera, en las Indias Occidentales. Estas ratas son poetas muertos que, reencarnados en animales, esperan regresar a sus cuerpos de poetas-charranes.

En las leyendas de muchos pueblos aparecen personajes de soberanos odiosos que mueren devorados por verdaderos ejércitos de ratas o ratones. Estas leyendas se basan posiblemente en hechos reales. Por otra parte, las oleadas de roedores que atravesaron el río Volga cerca de As-

tracán en la primavera de 1721, observadas por el viajero alemán Peter Pallas, debían de haber superado antes obstáculos tanto terrestres como acuáticos en busca de espacio vital y alimentos a lo largo de Asia, Europa y África...

No solo nuestro Popiel-Chwoscik fue devorado por los ratones... Hatte I, el arzobispo de Maguncia, quemó vivos en su establo a unos pobres hambrientos a fin de ahorrar comida para su corte... Por esta indigna acción fue devorado por los ratones en la torre llamada hasta hoy Binger Mause-turm, que se eleva sobre el Rin...

Destino parecido e igual de justo aguardé a muchos más gobernantes y personalidades importantes, tanto laicas como eclesiásticas, y de él hablan con satisfacción diferentes mitos de muchos pueblos. Seres humanos devorados por las ratas no son solo leyendas, sino hechos reales, y lo saben muy bien todos los buscadores de aventuras y tesoros que se adentran en viejos calabozos, fortalezas y sótanos, así como los que trabajan en las alcantarillas y los túneles. En 1977, durante mi estancia en un Vietnam desolado y hambriento por la guerra, me encontré con casos de niños comidos por las ratas en sus aparentemente seguras cunas, mientras sus madres estaban trabajando. El motivo del destino de las ratas, siempre junto al destino del hombre aparece en muchos libros y autores: Kafka, Eliot, Joyce, Camus...

Ecos de algunos de los episodios, anécdotas y leyendas mencionados, y su posterior desarrollo, los encontrará el lector atento en *La rata*, una nueva y cruel Odisea escrita hace ya varios años.

La idea motriz de mi filosofía particular es la convicción de que todas las formas de vida en la tierra proceden de una misma fuente, son hijas del mismo misterio de la existencia: el misterio de la finalidad y del sentido. Creo que animales tan inteligentes como las ratas no se rigen solo por el instinto y los reflejos, sino por su propio razonamiento, su experiencia, la relación entre los hechos y las emocio-

nes; que saben sacar conclusiones de los fenómenos y acontecimientos que ven a su alrededor, que son menos animales y más humanos de lo que nosotros, los hombres, en nuestra soberbia, estamos dispuestos a reconocer.

El hombre —el dueño de la creación (¿autoproclamado o designado por Dios?)— debería ser hoy en día un protector comprensivo y un amigo de los miles y miles de seres cuyas lenguas no comprende y cuyo comportamiento juzga según los esquemas que a él le resultan cómodos, pero, desgraciadamente, sucede lo contrario. Y, sin embargo, sabemos bien que la existencia y la vida de cada uno de nosotros se basan en los mismos compuestos de proteínas que las de un perro, una rata, una paloma y cualquier ser viviente. El hombre olvida que es un organismo igual y actúa como si quisiera renegar de este incómodo parentesco y perder a cualquier precio sus raíces biológicas.

Busca, pues, los orígenes de su existencia fuera de los límites de nuestra galaxia o en el soplo de la vida de un ser Supremo. Esto demuestra una increíble soberbia y un infundado concepto de superioridad que no existe más que en nuestra imaginación.

Creemos que la civilización que hemos impuesto es la única, la más perfecta, la primera y la última. Esta fe ciega es nuestro error de cada día. No sabemos qué clase de civilización nos traerá el futuro cuando —consciente o inconscientemente— acabemos por consumir ese suicidio colectivo del que nunca estamos lejos. Tal vez sea una civilización de ratas o una civilización de pájaros, tal vez una civilización de insectos...

Hace ya mucho tiempo que no vemos en los animales compañeros, sino unos elementos biológicos que deben ser subordinados a nuestras necesidades, a nuestro conocimiento y nuestra voluntad, a nuestros antojos. Apreciamos su inteligencia solo según el grado en que se someten a nosotros. Construimos enormes mataderos, granjas, criaderos, curtidurías, millones de sitios donde acabar con ellos.

No solo somos soberbios, sino los seres más crueles de la naturaleza, y además lo vemos como algo normal, o hasta de buen gusto, como demuestra el hecho de que se lleven elegantes abrigos de zorro o de corderos nonatos, como el astracán... Digo todo esto porque vale la pena tomar conciencia de quiénes somos en realidad y hacia dónde nos encaminamos.

Si tú, estimado lector, crees a veces en la reencarnación, puedes creer también que el hombre que en su vida anterior fuese una rata puede llevar dentro de su inconsciente el recuerdo de aquella existencia, y el esquema de sus peripecias de entonces superponerse en algunas situaciones especiales o dramáticas a su presente, alejado del anterior por ser ahora humano. Si inviertes esta situación y te imaginas el destino de un alma que, tras abandonar un cuerpo humano, encontró su siguiente encarnación terrestre dentro de la piel de una rata, puedes llegar a dar un paso más y hallar en tus reflexiones tu propia consciencia sometida a tal transformación. Si lo haces, te convertirás en el protagonista de mi novela y comprenderás cuánto te une con ese animal aparentemente tan lejano y ajeno a ti. Y entonces todo lo que he escrito se volverá simple y evidente.

Este libro es en igual medida una descripción basada en hechos reales y un cuento, una leyenda extraordinariamente cruel y extraña, gris y dolorosa como la vida de una rata, y por ello verosímil. Esta comunidad de roedores que vive junto a nosotros, justo bajo nuestros pies, nos acompaña desde hace milenios y participa de nuestro bienestar y de nuestra miseria, de los años de paz y de guerra.

No queremos verlos, no queremos saber nada de ellos, los combatimos, los despreciamos tan profundamente como solo nosotros, los hombres, sabemos despreciar.

Me pregunto si el enmascaramiento de algunas de las actitudes de mi protagonista, así como de muchos de los acontecimientos y temas, no es demasiado profundo. Si los símbolos del pasado, las huellas que parten desde los albo-

res de la civilización, intercalados en el paisaje contemporáneo, serán correctamente descifrados.

Por último diré que *La rata* no es solo un libro sobre estos animales, aunque también esta interpretación parezca aceptable. Por el contrario, es una historia sobre las leyes que rigen en la sociedad, sobre nuestros mitos, nuestras verdades y nuestras mentiras, sobre el amor y la esperanza, sobre la soledad y la nostalgia.

Pues todos somos habitantes del cosmos, respiramos la misma atmósfera terrestre, pertenecemos a la misma clase de los mamíferos, con un cerebro, un corazón y un estómago de parecida anatomía y un similar proceso de concepción y de maternidad.

Somos, pues, aunque no nos guste reconocerlo, parientes muy cercanos, biológica y psicológicamente, y nuestras dos especies, aunque por diversos motivos, gracias a su vitalidad, fuerza e inteligencia, no solo han sobrevivido a millones de años de evolución, sino que también se han perfeccionado hasta el punto de dominar el planeta.

Por ello te ruego, estimado lector, que no olvides que, aunque describa minuciosamente y de una manera naturalista la vida de una rata, estoy pensando en ti.

El Autor

La rata

Oscuridad, oscuridad como después de nacer, oscuridad por todas partes. Entonces era todavía más oscuro: una barrera negra, infranqueable, separada de la vida, del espacio, del conocimiento. Fuera de la oscuridad yo no conocía nada, al contrario que ahora, cuando dentro de mi cerebro se encienden las huellas de lo visto, restos de luz, fragmentos, vestigios, sombras.

Acuérdate bien de aquella primera oscuridad vista y retenida, evócala en su forma primitiva, primera, intenta reconstruir la trayectoria de tu vida, los acontecimientos, tus andanzas, tus huidas, tus viajes; desde el principio, desde los primeros momentos tras abandonar el cálido vientre de tu madre, desde el primer y doloroso trago de aire, desde la primera sensación repentina de frescor, desde el corte del cordón umbilical y la delicada caricia de una lengua.

Recuerdo: alcantarillas, sótanos, semisótanos, azoteas, galerías, túneles, pasadizos, grietas, desagües, cloacas, fosas sépticas, cunetas, tuberías, pozos, contenedores y vertederos de basura, almacenes, despensas, gallineros, pocilgas, establos... El mundo de las ratas; la vida entre sombras, negrura y grisura, oscuridad, penumbra, crepúsculos y noches, lejos del día, de la luz, del sol cegador, del resplandor, de los rayos que horadan, de los espacios claros y deslumbrantes.

Lejos de la luz —cuando me orientaba solo por el olor de la leche de las ubres hinchadas y por el calor del vientre, cuando los cerrados pabellones de mis orejas no dejaban

pasar sonidos— vislumbré por primera vez a través de la fina membrana de mis párpados todavía unidos una luminosidad gris, una mancha más clara que la profunda oscuridad que me rodeaba. La luz de una bombilla, tal vez el reflejo de un rayo de sol que entraba en el sótano a mediodía a través del ventanuco, llegó de repente a mis ojos cerrados, desperté el primer presentimiento.

Una luz suave fascina, espolea, llama. Te separas de la glándula mamaria y te arrastras torpemente hacia la claridad.

Madre, con delicadeza, me agarra del pellejo con sus dientes, tira de mí, me coloca a su lado. Arrimado al cálido vientre te olvidas de la mancha grisácea. Te olvidas solo por un momento. Pronto vuelve la inquietud, vuelvo a ver un contorno borroso, me separo de nuevo y me arrastro hacia el túnel que une nuestro nido con el sótano.

Madre lame todo mi cuerpo con sumo cuidado, me lava con su lengua húmeda, me libra de las primeras pulgas que se han instalado ya en mis ingles.

No tengo muchos recuerdos de aquellos lejanos principios de mi conciencia, cuando aún no sabía que era una rata y cuando la imaginación, aún dormida, nada presentía y nada explicaba.

Además de la atracción hacia la luz, hacia toda claridad que atraviesa mis párpados, reacciono también a los chillidos penetrantes que emite madre. Estos, junto con el olor de las glándulas mamarias y la sensación del calor protector, atraen, enseñan, ordenan.

Mi oído aún no está formado, mis orificios auditivos están todavía cerrados y solo parte de los sonidos llega a su interior. Pero el chillido de madre lo distingues enseguida, lo asocias con el calor, con el dulce sabor de la leche.

Mi piel desnuda, todavía rosada, se cubre poco a poco de una suave pelusa gris, lo noto, estoy cada vez más caliente. Ya no me da miedo quedarme tendido en una superficie descubierta.

Crezco, me vuelvo cada vez más fuerte. Consigo ser el primero en llegar al pezón lleno de leche e incluso apartar a los que se arrastran a mi lado. Los empujo, les cierro el paso y, cuando se acaba la leche de una mama, con todo mi peso me traslado a la siguiente.

Como más que nadie, soy el más grande, los demás se someten a mí, ceden. Todos los días intento tenerme de pie sobre el duro suelo del nido, estirar mis torpes patas, débiles aún, moverme hacia adelante y hacia atrás, caerme y levantarme. Cuando no lo consigo, amo a madre con un chillido para que, agarrándome con los dientes por la cola o por la piel del pescuezo, tire de mí.

La necesidad de estar sobre una superficie firme donde aprender a andar empieza a ser tan fuerte como la necesidad de la luz que tienen mis ojos, cerrados aún, pero cada vez más sensibles.

Aquí, sobre el duro suelo del nido, noto las todavía débiles uñas, flexibles, elásticas, que brotan de mis garras y que me ayudan a levantarme.

Madre lava mi cuerpo con la lengua, recoge toda mi suciedad y mis heces, me libra de las molestas pulgas. Durante una de estas limpiezas se me abren los pabellones de las orejas. Me llegan de repente todos los sonidos que me rodean. El fragor de la llave de agua, el crujir de las escaleras, el gorgoteo de las tuberías, los chillidos de las demás crías, el lejano bullicio de la calle, el maullar nocturno de un gato, un torrente enorme de sonidos, ecos, vibraciones, traqueos.

Aturdido, me voy a lo más hondo del nido, levanto la cabeza y pido auxilio. Por primera vez oigo nítidamente mi propia voz, un chillido agudo, penetrante. Hasta este momento la percibía muy distinta, apagada, lejana como la voz de madre, la más fuerte de todas. Ahora, entre los inúmeros sonidos que llegan de todos los lados, me parece débil y miserable. La luz que atraviesa mis párpados continúa siendo un misterio inexplicado e inexplicable. Ahora

todas las crías acuden hacia las manchas grises, rojizas, y en esos momentos madre tiene muchos problemas con nosotros: nos vigila sin cesar y nos impide salir del nido. Le resulta particularmente difícil, ya que nuestras extremidades son cada vez más fuertes y, aunque torpe y lentamente, sabemos ya movernos por todo el nido. Madre, nerviosa, se tiende delante de la entrada e intenta cerrarnos el paso. Como podemos, trepamos por su lomo, nos arrastramos y nos acercamos a la claridad grisácea, tentadora, que vibra cada vez más fuerte bajo los párpados. Algunas de las crías han desaparecido y, mientras que antes había empujones, tirones y peleas alrededor del vientre de la madre, ahora cada uno tiene una mamá para sí.

Quizá madre las haya matado a dentelladas si se empararon de olor ajeno y perdieron el del nido; quizá hayan muerto de hambre y agotamiento por verse siempre apartadas de los pezones, o se hayan arrastrado por el pasadizo hacia la luz y las haya cazado un gato; quizá las haya robado otra hembra que ha perdido su prole...

Han quedado unos cuantos machos y hembras, en constante movimiento, cada vez más impacientes por su propia ceguera, torpeza, debilidad, inadaptación.

Reconocemos nuestro propio olor y el tacto de nuestros bigotes, esos pelos rígidos y sensibles que brotan a cada lado de nuestro hocico.

Los músculos de nuestros párpados, inmóviles hasta ahora, empiezan a contraerse, a moverse, a tensarse. Intento abrirlos, separarlos, alzarlos.

Madre nos ayuda frotándonos y lavándonos la zona de los ojos con la lengua. Hacia la luz, con todas las fuerzas hacia la luz.

Veo. Mis párpados se abren. Al principio, a través de una pequeña ranura, penetra un rayo difuso. Experimento una sensación hasta ahora desconocida: la luz descubre el